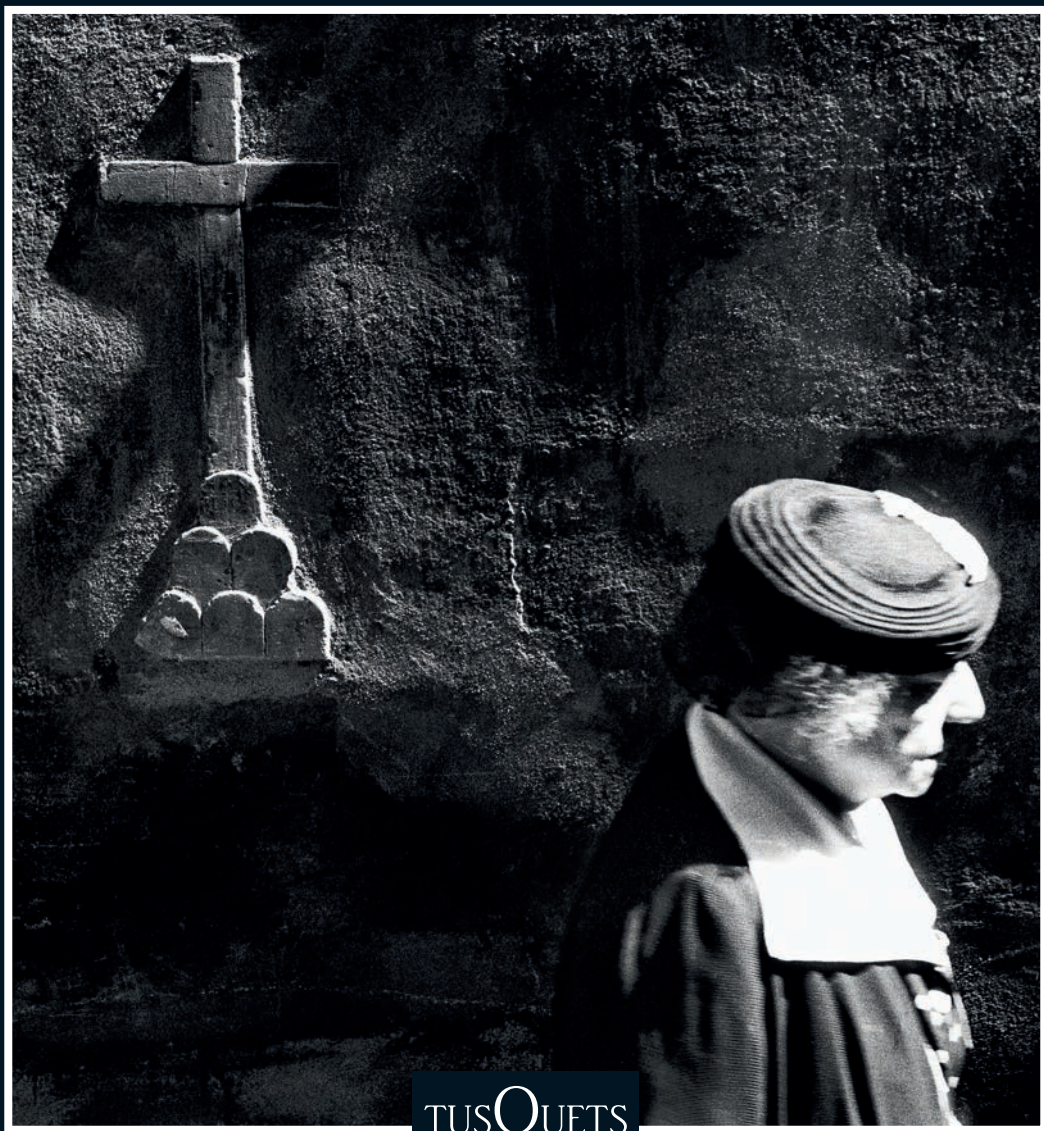


Leonardo Sciascia

TUDO MODO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LEONARDO SCIASCIA
TODO MODO

Traducción de Joaquín Jordá

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Todo modo*

- 1.^a edición: enero de 1988
- 2.^a edición: diciembre de 1989
- 3.^a edición: junio de 2021

© Leonardo Sciascia Estate. Todos los derechos reservados. Publicado en Italia por Adelphi Edizioni, Milán. Derechos negociados por mediación de Italian Literary Agency y Ute Körner Literary Agent

Traducción: © Joaquín Jordá, 1988
Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-983-9
Depósito legal: B. 6.352-2021
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

«A semejanza de una famosa definición que convierte el universo kantiano en una cadena de causalidades suspendida de un acto de libertad», dice el mayor crítico italiano de nuestro tiempo, «cabría resumir el universo pirandelliano como una persistente servidumbre en un mundo sin música, suspendida de una infinita posibilidad musical: la intacta y apacible música del *hombre solo*.»

Creía haber recorrido, *à rebours*, toda una cadena de causalidades, y haber retornado, hombre solo, a la infinita posibilidad musical de algunos momentos de la infancia y de la adolescencia cuando durante el verano, en el campo, me aislaba largo tiempo en un paraje de árboles y de agua, que imaginaba remoto e inaccesible, y toda la vida, el breve pasado y el dilatadísimo futuro, se fundían, de manera tan musical como infinita, con la libertad del presente. Y por muchas razo-

nes, la última de las cuales no era haber nacido y vivido durante años en lugares pirandellianos, entre personajes pirandellianos, con traumas pirandellianos (hasta el punto de que entre las páginas del escritor y la existencia que había vivido hasta pasada la juventud no mediaba distancia, ni en la memoria ni en los sentimientos), por muchas razones, pues, regresaba a mi mente, cada vez más precisa (tanto que la transcribo ahora sin consultar), la frase del crítico: precisamente como frase o tema de la infinita posibilidad musical de que yo disponía. O, al menos, me ilusionaba pensar que disponía de ella.

Dicho de manera más sencilla: no tenía compromisos de trabajo o sentimentales; poseía, poco o mucho (pero fingía que era poco), cuanto se requería para satisfacer cualquier necesidad o capricho; carecía de horarios y objetivos (de no ser aquellos, casuales, de las horas de las comidas y del sueño); y estaba solo. Ninguna inquietud, ninguna aprensión. Salvo aquellas, oscuras e irreprimibles, que siempre me han acompañado, las del vivir y por el vivir; y en ellas y a partir de ellas se injertaban y bifurcaban la inquietud y la aprensión por el acto de libertad que debía llevar a cabo, aunque de manera ligera y ligeramente aturdida, como si me hallara dentro de un juego de

espejos, no obsesivo sino luminoso y apacible como los lugares que recorría, dispuesto a repetir y a multiplicar, tan pronto como se hubiese realizado, o me hubiese decidido a realizarlo, mi acto de libertad.

Iba en automóvil. Y este medio de transporte, que habitualmente detestaba y del que me servía muy poco, había entrado a formar parte de mi libertad desde el momento en que me propuse ser libre. Lo conducía pausadamente, con una calma que volvía inocuas las distracciones en que con frecuencia caía. Y precisamente la moderada velocidad, y el tranquilo placer de mirar a mi alrededor mientras conducía, me ofrecieron la posibilidad de observar, en una curva, un letrero que rezaba ERMITA DE ZAFER 3, escrito en negro sobre fondo amarillo, al que inmediatamente se prendieron, como a un anzuelo, mi inquietud y mi aprensión. Detuve el automóvil, y luego lo dejé deslizarse lentamente, hasta quedar frente al cartel de madera amarillo y negro. ERMITA DE ZAFER 3. La palabra ermita, el nombre Zafer, la cifra 3: cosas igual y diversamente sugerentes para mí; a las que se añadía la sugestión de que eran tres, el tres que se repetía, y también el hecho de que precisamente llevara tres días vagando libremente (confieso que padezco una pequeña pero tenaz neurosis trinitaria,

que ignoro cuándo se formó y consolidó). La ermita es un lugar de soledad; y no de aquella soledad objetiva, propia de la naturaleza, que se descubre y aprecia mejor cuando se está en compañía: un bonito lugar solitario, suele decirse; sino de una soledad que ha reflejado otra soledad humana y se ha teñido de sentimiento, de meditación y, tal vez, de locura. En cuanto a Zafer: ¿se trataba de un santón musulmán o cristiano? Quedaba sólo a tres kilómetros: ni más ni menos. Efectué una breve maniobra para tomar el camino asfaltado (y el asfalto tendría que haberme puesto en guardia) y me lancé a la subida. Alcornoces y castaños formaban un túnel, el aire sabía a perfumadas y tardías retamas. Y, de pronto, una vastísima explanada también asfaltada, limitada en un lado por un caserón de cemento, con reminiscencias militares, horriblemente perforado por unas ventanas estrechas y oblongas. Me detuve, decepcionado y enfadado: dado que no se adivinaba que la carretera tuviera continuación, parecía indudable que la ermita era esa monstruosa construcción. Un hotel, con toda probabilidad. Y por un momento permanecí indeciso entre dar media vuelta sin apearme del coche o bajar para echar una mirada e inquirir quién, y por qué, había alzado allí aquel caserón. Venció la curiosidad, mez-

clada con el placer de aprovechar la desilusión manifestando a alguien, porque alguien debía de vivir en su interior aunque pareciera deshabitado y todo permaneciera en absoluto silencio, la indignación que sentía al encontrar un hotel en lugar de una ermita. Me apeé del automóvil y lo cerré con llave, pues el silencio tenía algo de misterioso y de siniestro. La puerta central del edificio, grande y acristalada, estaba abierta. Entré y me encontré, como había supuesto, en el vestíbulo de un hotel. En el mostrador de recepción, con un casillero repleto de llaves a sus espaldas, vi a un cura joven, moreno y melenudo, que estaba leyendo *Linus*. Al verme entrar, la mirada se le cubrió de tedio, y respondió a mi saludo en silencio, limitándose a mover los labios.

—Perdone usted, ¿esto es una ermita o un hotel? —pregunté con cierta violencia e ironía.

—Es una ermita y es un hotel.

—¿La ermita de Zafer?

—Sí, señor. La ermita de Zafer.

—¿Y el hotel?

—¿Qué hotel? —replicó muy molesto.

—¿Cómo se llama el hotel?

—De Zafer. —Y espaciando las palabras, como para que se me grabasen en la memoria, repitió—: Hotel de Zafer.

—Ermita de Zafer, hotel de Zafer. Muy bien.
¿Y quién era Zafer?

—Un ermitaño, naturalmente, si esto era una ermita.

—Era —subrayé.

—Es.

—Usted es quien ha dicho «era»... En cualquier caso, ¿un ermitaño musulmán?

—¡Cómo va a ser musulmán! ¿Usted cree que nos dedicaríamos a venerar la memoria de un musulmán?

—¿Y por qué no? El ecumenismo...

—El ecumenismo no tiene nada que ver... Fue musulmán, pero después se convirtió a la verdadera fe.

—La verdadera fe... Ha utilizado usted una expresión musulmana. —Quería seguir importunándole.

—Es posible —dijo el cura, y dirigió de nuevo su mirada a *Linus*, como para darme a entender que estaba aburriéndole y estorbándole.

—Perdone si le molesto —dije procurando que quedara claro que esto era lo que me proponía—, pero me gustaría saber algo acerca de Zafer, de la ermita... Y del hotel.

—¿Es usted periodista?

—No. ¿Por qué?

—Si es periodista, está perdiendo el tiempo: el escándalo ya quedó atrás.

—¿Qué escándalo?

—Por el hotel... Que no debía construirse, que es feo... El escándalo terminó hace tres años.

—No soy periodista. Pero también me gustaría saber algo acerca del escándalo.

—¿Por qué?

—Porque no tengo nada que hacer. Y, por lo que veo, usted tampoco.

Lanzó sobre *Linus* una mirada desesperanzada.

—Realmente —dijo— tengo algo que hacer.

—¿El qué? —pregunté, tan impertinente como provocador.

—Oh... —dijo, haciendo con la mano un gesto que abarcaba las muchas cosas que tenía que hacer, el gran ajetreo en el que debía sumergirse quién sabe por cuánto tiempo y con cuánto esfuerzo; y por eso, para llegar en buenas condiciones al momento oportuno, leía *Linus*.

Le dije lo que pensaba. Se sintió molesto, pero se mostró más amable.

—¿Qué quiere que le cuente? Acerca del escándalo, o sea, de cómo determinados políticos y periódicos presentaron las cosas, no sé demasiado... Que existió, y punto... Esto era una ermita, una casa en ruinas, una iglesia descuidada, y, hace

tres años, el padre Gaetano levantó encima este hotel... Ya sé que la República protege el paisaje, pero puesto que el padre Gaetano protege a la República... En fin, la historia de siempre. —Sonrisa amarga. No acababa de quedar claro si se metía con el padre Gaetano o con la República.

—¿Y quién es el padre Gaetano?

—¿De veras no sabe quién es el padre Gaetano? —preguntó entre sorprendido e incrédulo.

—No. ¿Debería saberlo?

—Creo que sí. —Comenzaba a divertirse.

—¿Por qué?

—Por las cosas que ha hecho, por las cosas que hace...

—Ha hecho este hotel. ¿Todas las cosas que hace son parecidas?

—Por decirlo de algún modo, este hotel lo ha hecho con la mano izquierda.

—¿Y con la derecha?

—Escuelas. Decenas de escuelas, tal vez centenares. En todas partes, de todo tipo. Hasta una universidad.

—Centenares de escuelas y un hotel.

—Tres hoteles.

—¡Ah, tres hoteles! ¿Y siempre destruyendo ermitas?

—No destruye ermitas, las engloba. Aquí, la

ermita de Zafer sigue intacta. Se ha convertido en una cripta.

—¿Puede verse?

—Claro que puede verse. —Suspiró fatigosamente, ante el temor de que le pidiera verla.

Pero no lo hice.

—¿Y el padre Gaetano? —pregunté.

—¿El padre Gaetano qué?

—¿También puedo ver al padre Gaetano?

—Claro. Está aquí. Pasa aquí todo el verano. De todos los hoteles que ha construido, este es el que prefiere.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez siente apego al lugar por los recuerdos de infancia. O porque su construcción le ha costado una guerra más prolongada... Pero la ganó.

—Evidentemente, no podía dejar de ganarla.

—Bueno, sí, no podía dejar de ganarla —admitió. El tono era de orgullo, pero con una sombra de pudor.

Miré a mi alrededor.

—No cabe duda de que este lugar es tranquilo —dije—. ¿También es cómodo?

—¿El hotel? Comodísimo.

—Tal vez me quede unos días —dije.

—No podrá ser.

—¿Está lleno? —pregunté irónicamente, puesto que parecía, y estaba, desierto.

—En este momento, sumando el personal de servicio, somos veintiuno. Pero pasado mañana se llena.

—¿Todos los clientes llegan de golpe?

—Son unos clientes especiales. —Hizo una pausa; y después, como si me confiase un secreto, añadió—: Ejercicios espirituales.

—¡Ah, ejercicios espirituales! —exclamé, fingiendo un asombro acorde con la confianza con que me obsequiaba.

Pero, a decir verdad, sí me sentía algo asombrado. Llevaba muchísimos años sin oír hablar de ejercicios espirituales, y pensaba que ya no se practicaban. Cuando yo era niño, se hablaba mucho de ellos; y la llegada anual al pueblo de las misiones de los padres paulinos era un acontecimiento tan importante como la llegada de la compañía de operetas *Petito-D'Aprile* o de la compañía dramática *D'Origlia-Palmi*, y no menos puntual. Los padres paulinos impartían sermones a todo el mundo, y ejercicios espirituales a unos pocos. Cuando concluían, levantaban en algún lugar de las afueras una cruz de hierro, como recuerdo de la misión, y se iban. La última vez que oí hablar de ejercicios espirituales fue en la posguerra. Al aproximarse las

primeras elecciones, vino a predicar un padre dominico, entusiasmando de tal modo a los enseñantes y a los administrativos que los arrastró a pasar toda una semana en una villa puesta a su disposición por un rico devoto. Y lo gracioso del caso fue que acudieron hasta los masones, que regresaron de allí tan demacrados de cuerpo y de alma como los que no eran masones.

—Ejercicios espirituales —insistió el cura—. Cada año puntualmente. Los turnos comienzan el último domingo de julio.

—¿Cuánto dura un turno?

—Una semana.

—¿Y cuántos turnos hay?

—Tres o cuatro. Tres hasta el pasado año, este cuatro.

—Los fieles aumentan.

—Sí, así es —dijo el cura, por puro formulismo. Tenía sus dudas. Y, recuperando el tono de confianza, agregó—: Pero el más importante es el primer turno.

—¿Por qué?

—Por las personas que participan en él. —Bajó la voz y subrayó aún más lo confidencial—: Ministros, diputados, presidentes y directores de banco, industriales... Y también tres directores de diarios.

—Realmente importante —dije—. Me encantaría estar aquí mientras esas personas hacen sus ejercicios espirituales.

—Imposible.

—Ya veo... Pero hoy y mañana, mientras, como usted dice, no está lleno, podría quedarme, ¿no?

—En teoría, sí...

—¿Y en la práctica?

—En la práctica, siempre que el padre Gaetano esté de acuerdo, tendría usted que conformarse, acomodarse... Faltan servicios, y la cocina, además...

—¿Yo sería, digámoslo así, el único huésped de pago?

—El único no; ya hay cinco. —Y entre exasperado y misterioso, el cura añadió—: Cinco mujeres.

—Ancianas y extranjeras —aventuré.

—Nada de eso. Ni ancianas ni extranjeras.

—¿Están solas?

Un brillo malicioso atravesó su mirada y, como si se lavara las manos, explicó:

—Llegaron solas...

—Pero usted duda de que realmente estén solas.

—No, no... —Débilmente, y a modo de reparación formal, añadió—: Quería decir que llega-

ron solas, pero que ahora se hacen compañía unas a otras.

—Así que yo sería el sexto.

—Antes tenemos que oír al padre Gaetano.

—Oigámosle.

—Ahora no. Más tarde, a la hora de la refeción. No se le puede estorbar mientras medita. Está abajo, en la capilla. —Señaló el suelo con el dedo.

—La ermita de Zafer —dije.

—Exactamente... Mientras tanto, muévase usted con toda libertad, dentro o fuera.

La conversación había terminado, irremediablemente. Y sus ojos ávidos volvieron a *Linus*.

Salí al exterior: más allá de la explanada, en dirección al bosque. A medida que me alejaba del hotel, los árboles se espesaban, el aire era más fresco y olía a resina. La soledad era perfecta. Me maravillaba de tanta perfección, y de la libertad con que la disfrutaba, cuando entre los árboles vislumbré una especie de un lago soleado y unos colores que se movían por él. Me acerqué con cautela. En el calvero, tomando el sol, había unas mujeres en bikini. Eran, sin duda, las del hotel, aquellas de las que me había hablado el joven cura. Y eran cinco, en efecto. Seguí acercándome, siempre silenciosamente. También ellas estaban

en silencio: cuatro tendidas sobre unas toallas de colores vivos, y la quinta, en cambio, sentada y sumida en la lectura. Era una aparición que tenía algo de místico y de mágico. Al imaginarlas totalmente desnudas (y no hacía falta un gran esfuerzo), entre la oscura sombra del bosque en que me encontraba yo y la mancha de sol en que estaban ellas, con aquellos colores y la absorta inmovilidad, se me antojaron como un cuadro de Delvaux (no mío: yo no he sabido ver nunca a la mujer como mito o magia, ni pensativa ni soñadora). De Delvaux eran la composición y la perspectiva con que se ofrecían a mis ojos, así como lo que no se veía pero yo sabía: el hecho de que estaban, solas, en aquel engañoso caserón regentado por curas. Permanecí un rato espiándolas: tenían hermosos cuerpos. Cuatro eran rubias, y una, morena. Las grandes gafas de sol que llevaban, y también la distancia que nos separaba, pese a mi presbicia, me impedían apreciar si eran guapas.

Debo confesar que acaricié la aventura; y me sentí tan feliz al imaginarme en el centro de su compañía como poco antes, y tal vez más, cuando me encontraba en absoluta soledad. Pero me alejé, y regresé al hotel.